

TEMPLO HERMANA TERESA

"Los sueños"

07/06/2025

Bahía Blanca - Patricios 336

Punta Alta - 11 de Septiembre 750

“Los sueños”

Queridos Hermanos y hermanas

En esta Ceremonia de hoy queremos reflexionar con todos ustedes respecto a una frase que Carlos nos compartió y aunque parezca simple tiene el poder de tocar profundamente el alma. Esta frase dice:

“Un sueño se puede convertir en realidad, si te animas a sorprenderte a ti mismo.”

Muchas veces soñamos con los ojos abiertos. Anhelamos una vida mejor, una familia más unida, un trabajo más justo, una comunidad más fraterna, un mundo más humano. Soñamos con construir, con sanar, con crecer. Pero también, muchas veces, nos invade la duda.

¿Y si no puedo?

¿Y si no soy capaz?

¿Y si esto no es para mí?

Sin embargo, hay algo que puede cambiarlo todo: la Fe.

Y dentro de la Fe, hay un aspecto muchas veces olvidado pero profundamente poderoso: la capacidad de sorprendernos a nosotros mismos cuando Dios actúa en nuestro interior.

Porque cuando dejamos de poner límites a nuestra capacidad,

cuando dejamos de encasillarnos en lo que creemos ser, y le damos lugar a lo que Dios sabe que somos, entonces comenzamos a ver los sueños no como fantasías lejanas, sino como realidades posibles, que esperan ser abrazadas con valentía.

Cada uno de nosotros tiene en su interior un potencial inmenso, pero muchas veces dormido. ¿Y por qué dormido? Porque hemos aprendido a mirar nuestras vidas desde el límite, desde la falta, desde el “no puedo”, el “no tengo”, el “no soy suficiente”.

Pero la Fe nos invita a mirar distinto.

Nos invita a ver lo que no se ve con los ojos, pero se siente en el alma.

Nos recuerda que la semilla no conoce la flor que va a ser, pero en su interior ya la contiene. Así somos nosotros: a veces sentimos que solo somos semilla, pero Dios ya ve la flor que podemos llegar a ser.

Y aquí es donde entra en juego la sorpresa.

Cuando nos abrimos a la acción de Dios en nuestras vidas, nos empezamos a sorprender. Nos damos cuenta de que somos capaces de perdonar cuando creíamos que no podríamos. Que podemos ser pacientes, aun cuando antes éramos impulsivos. Que podemos comenzar de nuevo, aunque todo parezca perdido.

Y ahí, cuando empezamos a sorprendernos a nosotros mismos, el sueño comienza a parecer posible. No porque haya cambiado la

realidad de afuera, sino porque ha cambiado nuestra mirada desde dentro.

El mayor enemigo de los sueños no es la dificultad externa, sino el miedo interno. Ese que nos susurra: “¿Para qué intentarlo?”, “Eso no es para vos”, “Te vas a frustrar”.

Pero la Fe no nos invita a ser perfectos, sino a movernos a pesar del miedo.

A creer que, si damos un paso, Dios se encargará del resto.

A recordar que, si bien hay obstáculos, el mayor obstáculo sería no intentarlo nunca.

Sorprenderse a uno mismo significa atreverse a ir más allá de la comodidad, a arriesgarse a crecer. Significa no conformarse con una vida a medias. Significa preguntarse:

“¿Y si soy más fuerte de lo que creo? ¿Y si tengo más Fe de la que pienso? ¿Y si el sueño que tengo es también el sueño que Dios tiene para mí?”

Dios no pone en tu alma un deseo para luego burlarse de vos.

Lo pone para que lo sigas, para que lo construyas, para que te transformes en el camino.

Para ilustrar esto que hablamos, permítanos compartirles la historia de Valeria.

Valeria vivía en un barrio sencillo, en una ciudad donde los sueños grandes parecían no tener cabida. Desde chica, soñaba con ser maestra. No porque alguien se lo hubiera dicho, sino

porque algo en su interior le decía que había nacido para enseñar, para acompañar, para ayudar a otros a crecer.

Pero la realidad era otra: su padre había fallecido cuando ella tenía 10 años, y su madre trabajaba jornadas eternas para mantener a la familia. Valeria comenzó a trabajar muy joven, primero cuidando niños, luego limpiando casas.

Los años pasaban y su sueño parecía desdibujarse. Cada vez que mencionaba que quería estudiar, alguien le decía: “Vos tenés que ser realista”, “Eso es para gente con plata”, “No pierdas el tiempo con ilusiones”.

Y poco a poco, ella empezó a creerlo.

Hasta que un día, después de una jornada agotadora, Valeria se sentó en una plaza, con lágrimas en los ojos, y miró el cielo. No dijo palabras muy elegantes ni hizo una oración elaborada. Solo dijo:

“Dios, si de verdad vos querés que esto pase, entonces ayudame a sorprenderme. Porque yo ya no creo que sea posible.”

Y esa fue la oración que cambió su historia.

No fue una oración perfecta, fue sincera.

Y cuando la Fe se mezcla con sinceridad, se abre una puerta al milagro.

Desde ese día, comenzaron a ocurrir cosas pequeñas. Una vecina le habló de un plan de becas para adultos. Se inscribió, aunque con miedo. En la entrevista, tartamudeó, pero fue aceptada.

Volvió a estudiar. No fue fácil. Trabajaba de día y estudiaba de noche. A veces sentía que no daba más.

Pero cada vez que pensaba en abandonar, recordaba aquella oración.

Y se repetía a sí misma:

“Me estoy sorprendiendo. Estoy haciendo algo que creía imposible.”

Cinco años después, Valeria se recibió. Hoy es maestra en una escuela pública de su barrio. Y no solo enseña matemáticas o lengua. Enseña esperanza. Enseña que un sueño puede convertirse en realidad, si uno se anima a confiar, a luchar, y sobre todo, a dejarse sorprender por lo que Dios puede hacer con uno.

Hermanos y hermanas, la Fe no es pasiva. No es solo esperar que algo mágico ocurra sin mover un dedo.

La Fe verdadera es activa. Nos empuja, nos impulsa, nos compromete con nuestros sueños.

Es una chispa que enciende lo que parecía apagado.

Es una voz que nos dice:

“Dale, ámate. No estás solo. Yo estoy con vos.”

Y cuando nos animamos, comenzamos a ver que el milagro no siempre es un gran hecho sobrenatural. A veces, el milagro es vernos haciendo lo que creímos que no podíamos.

Ver que no nos quebramos, sino que crecimos.

Ver que, contra todo pronóstico, seguimos de pie.

Todo sueño que nace desde el alma tiene etapas.

Primero está el deseo: esa intuición, esa chispa interna.

Luego viene la duda: ¿será posible?

Después aparece el intento: ese primer paso incierto.

Más tarde, los tropiezos: porque no todo es lineal.

Pero si perseveramos, y si dejamos que la Fe sea el motor, llegamos al momento más hermoso:

El asombro. La sorpresa de ver que aquello que parecía imposible hoy es real.

Ese es el mensaje de fondo:

Los sueños no se logran solo con capacidad. Se logran con convicción. Y la convicción viene de la Fe.

Y acá queremos decir algo muy importante:

Dios cree en vos incluso cuando vos dejás de creer en vos mismo.

Él conoce lo profundo de tu ser. Él sabe que hay luz en vos, aunque a veces la vida la haya opacado.

Y por eso te invita a seguir soñando.

Porque los sueños, cuando nacen del alma, no son caprichos, son señales. Son parte de tu propósito.

Tal vez estés escuchando esto en un momento de dudas.

Quizás has abandonado sueños porque la vida te golpeó.

Quizás ya no te creés capaz de lograrlo.

Pero hoy hermano, hermana, la Hermana Teresa te dice::

“Dios no ha terminado contigo. Aún estás a tiempo de sorprenderte.

Y no importa la edad que tengas, ni los errores que hayas cometido, ni cuántas veces hayas caído.

Un alma que sueña es un alma viva.

Y un alma que se anima a actuar desde la Fe, es un alma invencible.”

Esto que nos dice nuestra Guía no es solo algo individual. Las comunidades también sueñan.

Un Templo sueña con ser más que un edificio.

Un barrio sueña con dejar de ser olvidado.

Una familia sueña con volver a estar unida.

Y todo eso puede ser posible si cada uno se anima a su parte, si cada uno dice:

“Yo quiero ser parte del sueño común. Yo quiero aportar lo mejor de mí, y dejar que Dios me sorprenda en ese camino.”

Porque cuando varias personas se animan a soñar juntas con Fe, lo imposible empieza a temblar.

Ahora volvamos a la frase:

“Un sueño se puede convertir en realidad, si te animas a sorprenderte a ti mismo.”

Hoy la Hermana Teresa nos invita a que nos detengamos un

momento y pensemos:

¿Qué sueño tengo guardado?

¿Qué deseo me late, pero he callado por miedo?

¿Qué parte de mí todavía no conozco, porque no me animé a intentarlo?

Y después de pensar en eso, nos invita a que hagamos una oración sencilla, tal vez como la de Valeria.

No hace falta que usemos muchas palabras. Solo hace falta un alma abierta.

Digamos con sinceridad:

“Dios, no sé si soy capaz. Pero si esto es parte de mi camino, sorprendeme. Mostrame que puedo más. Que con vos, no hay sueño que no sea posible.”

Y después de eso, demos un paso. Aunque sea pequeño.

Estudiemos. Busquemos ayuda. Volvamos a intentarlo.

Pidamos perdón. Soñemos en grande.

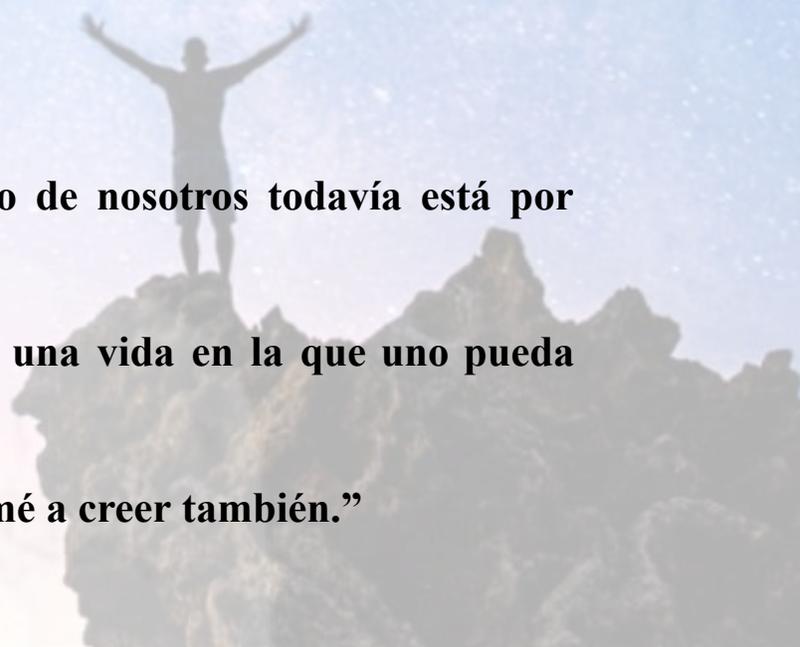
Pero hagámoslo con Fe.

Porque no estamos solos.

Y porque lo mejor de cada uno de nosotros todavía está por descubrirse.

No hay mayor alegría que vivir una vida en la que uno pueda mirar hacia atrás y decir:

“Dios creyó en mí... y yo me animé a creer también.”



Entonces sí, el sueño se convierte en realidad.

Y no cualquier sueño: uno que transforma, que deja huella, que bendice a otros.

Y todo comenzó... cuando nos animamos a sorprendernos a nosotros mismos.

Siempre la Hermana Teresa nos invita a que sigamos alimentando nuestra alma, y no hay mejor alimento que una oración, todos los días.

Alimentar nuestra alma, nos dará el empuje necesario desde adentro hacia afuera para que nuestros sueños, comiencen a plasmarse en realidades.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.

